CAPÍTULO XII.

Sentimientos de indecible ternura de que se animó el corazon de María á vista del ejemplo que Jesucristo le ofreció de su infinita caridad para con los hombres. Impresion profunda que las palabras de Jesucristo hicieron en su corazon, animado por tales disposiciones. Amor que hicieron nacer en él para con nosotros.

Para conocer mejor y admirar cada vez más la ternura del amor de Jesucristo respecto á nosotros en esta disposicion de su paternal bondad, examinemos ahora las circunstancias que escogió para llevarla á efecto.

María se halla al pié de la cruz en la actitud sublime y heróica que hemos ya indicado (cap. I). Inmóvil en su resignacion y en su éxtaxis de dolor, contempla á su amado Hijo cubierto de heridas; Ella ve su sangre, que mana gota á gota de sus carnes desgarradas, de sus venas abiertas y de sus miembros destrozados; Ella le ve pálido, desfigurado, lánguido y próximo á exhalar el último suspiro en un mar inmenso de terribles angustias y de crueles dolores. Ella oye los sarcasmos crueles, las blasfemias impías y los amargos insultos con que el pueblo judío, poseido de una rabia infernal, le ultraja á porfía. Ella ve á este pueblo bárbaro dar señales de una impaciencia furiosa porque Jesus tarda mucho en morir, ó de un gozo feroz cuando le ve espirar. En medio de estos excesos de una

barbarie sin ejemplo, oye á su divino Hijo, que, pareciendo olvidar todo el horror de sus padecimientos y de sus oprobios, pide á su Padre que su sangre sea el rescate de los que la vierten, y que su muerte sea la salvacion de los que se la dan. Ella contempla á este Hijo misericordioso, que tiene el corazon abierto y los brazos extendidos hácia ese mismo pueblo que se obstina en despreciarle y en pedir su muerte, y que ha respondido con un orgulloso desden á las tiernas invitaciones de amor con que le llamaba á la reconciliacion y al perdon (1).

María se pasma á la vista de este contraste de una barbarie sin ejemplo y de una caridad sin límites, de un exceso de misericordia y de un exceso de furor infernal, de una superabundancia de clemencia, de compasion y de bondad, opuesta á una superabundancia de injusticia, de malicia y del crímen más atroz que se ha cometido jamas debajo del sol. Ella está atónita y fuera de Sí misma; todas sus falcultades parecen suspendidas á vista del acontecimiento cruel que le arrebata su Hijo; toda su atencion se fija en considerar el prodigio de su dulzura, de su paciencia y de su caridad, cuyo ardor inmenso no puede ser apagado ni disminuido (2) por los torrentes de tantas amarguras, de tantos oprobios y de tantos tormentos, cuya altura sublime,

(1) Expandi manus meas ad populum non credentem et contradicentem. (*Rom.*, x, 21.)

(2) Aquæ multæ non potuerunt extinguere charitatem. (*Cant.*, VIII, 7.)

cuya profundidad misteriosa y cuya extension sin límites jamas podrá medir el pensamiento (1). Jamas su Hijo le pareció más Dios que en este instante, en que los hombres le tratan más indignamente que hubieran tratado á otro hombre, y jamas su Dios le pareció más digno de amor que en este instante, en que es objeto del odio universal. Ella se siente, pues, atraida á El; su corazon es arrastrado y arrebatado por un Hijo tan grande y por un Dios tan lleno de amor.

María ama siempre á Jesucristo con un amor tan grande, que todos los trasportes de los ángeles y de los santos reunidos no pueden dar de él ni aun una pequeña idea. Mas este amor tan tierno, tan enérgico y tan fuerte se siente estimulado en este momento; él se inflama más y más á vista de una ternura tan grande y de una bondad tan excesiva; él se hace todavía más tierno, más enérgico y más fuerte, y se eleva, por decirlo así, al más alto grado de potencia. Y sin la reserva que le está prescrita por la voluntad suprema del Dios á quien ama y por quien se resigna, todos los esfuerzos de los hombres serian vanos para impedir que se arrojase sobre la cruz, se abrazase tiernamente á Jesus crucificado, y se inmolase en compañía del Hombre-Dios, cuyo corazon generoso, cuya alma sublime y cuya caridad inmensa conoce entónces más que nunca.

En aquel momento es cuando el corazon de María, enternecido, atormentado y derretido por el amor, no

(1) Quæ sit latitudo... et sublimitas et profundum. (*Ephes.*, III, 18.)

sabe otra cosa sino amar; en aquel momento es cuando su bendita alma se entrega á las más dulces emociones, á los más tiernos afectos y á los trasportes más violentos; en aquel mismo momento es cuando Jesucristo la sorprende, por decirlo así, la espera y la detiene, y destinándola á ser nuestra Madre, la obliga á volver hácia nosotros aquel sentimiento de inmensa ternura y de amor vehemente de que Ella estaba como poseida y arrebatada por El (1). Es como si le hubiera dicho: ¡Oh Mujer! Tu amor te hace sufrir en este momento un dolor inaudito. ¡Oh Mujer, á quien veo poseida del afecto más tierno y más vivo hácia Mí! Ese sentimiento de amor tan vivo, tan profundo y tan vehemente, que se despierta en Tí en este momento, que te penetra y te posee enteramente, debes dirigirlo desde ahora sobre mi Iglesia, sobre mis fieles, que estás viendo en la persona de Juan, pues que Yo les cedo mi lugar y quiero que los mires como tu hijo único y verdadero como lo soy Yo. Al constituirte su Madre, y al constituirlos tus hijos, sabe que lo hago con las mismas condiciones que me hicieron tu Hijo y que te hicieron mi Madre, porque Yo estoy en ellos y con ellos, y ellos están en Mí. Yo te doy sobre ellos los mismos derechos, pero tambien te impongo con respecto á ellos las mismas obligaciones que tienes respecto á Mí. En adelante debes ver en ellos tu Jesus, tu Hijo; debes amarlo en ellos, y volver hácia ellos ese amor que me tienes en este momento, porque son tus hijos lo mismo que Yo.

(1) Ecce filius tuus; ecce Mater tua.

Tú no los has engendrado con tu sangre ni llevado en tu seno; las relaciones entre Madre é hijos no existen, por consiguiente, entre Tí y ellos. Mas estas relaciones que no existen, las crea en este momento mi palabra omnipotente; lo que la naturaleza no ha hecho, lo hace la gracia en un momento. Cuando Yo te declaro su Madre, lo eres ya verdaderamente, y el misterio de mi amor está consumado (1).

¡Quién podrá comprender la impresion que hicieron en María estas misteriosas palabras! ¡Ah! Si ellas halagaron sus oidos, ¡cuán eficaces y activas no fueron tambien en su tierno corazon! Ellas se grabaron en él con caractéres indelebles, ellas lo conmovieron extraordinariamente, ellas lo enternecieron, lo ablandaron, lo refundieron, por decirlo así, lo recompusieron y lo reformaron para los afectos y los sentimientos maternales respecto á nosotros; por consiguiente, desde aquel instante mismo experimenta Ella el ser nuestra verdadera Madre, no sólo por deber y por eleccion, sino por inclinacion y por amor, como si en aquel momento nos hubiera dado á luz.

Entónces fué cuando Ella apareció tal como la describió despues el mismo San Juan, que en aquel momento misterioso la habia estado considerando; es decir, la Mujer vestida del sol (2). Porque, así como en el momento de la encarnacion, como dice San Bernardo, el Sol de justicia, el Verbo eterno habia vesti-

(1) Consummatum est.
(2) Mulier amicta sole. (*Apoc.*, XII, 1.)

do y cubierto, como una nube purísima, su carne inmaculada, en el Calvario la penetró tambien este mismo Sol, y la vistió con las llamas de su caridad (1).

Jesucristo, en aquellos últimos instantes, era todo amor para los hombres, en los que no encontraba más que odio y furor. Siendo Hombre-Dios, ningun poder más que su amor podia quitarle la vida; por consiguiente, á medida que el tiempo en que debia morir por nosotros se acercaba, aquel amor se hacia más intenso y más vehemente. En sus últimos momentos estaba en su colmo, y habia llegado á tal punto, que su humanidad no podia resistirlo más sin sucumbir (2). Al pronunciar estas tiernas palabras, que nos dan á María por Madre, el Señor moribundo abre su corazon abrasado, y hace salir de él una llama celestial de la más tierna y más generosa caridad para con los hombres. Desde lo alto de la cruz desciende esta llama celestial sobre María, que estaba á sus piés, y la rodea, la penetra y la posee completamente. Al momento se siente Ella poseida de aquel afecto vehemente y de aquellos arrebatos de un generoso amor á los hombres, que iban á quitar la vida á su Hijo. No considerando ya la muerte de Jesucristo sino como la prenda de nuestra salvacion, domina y manda su dolor; no sólo consiente en que su Hijo muera por un fin tan misericordioso, sino que, como dice un intérprete, se manifiesta impaciente y arrebatada por un deseo ar-

(1) Vestis solem, nube, et sole ipsa vestiris.
(2) Cum dilexisset suos... in finem dilexit eos. (*Joan.*, XIII, 1.)

diente de morir con El por la salvacion de esos hijos de quienes experimenta ya el ser Madre (1).

¡Preciosa fecundidad de los misterios de la cruz! Cuanto más se sondean con el pensamiento, tanto más se descubre en ellos un tesoro inagotable de santas reflexiones y de tiernos afectos.

No debemos, pues, maravillarnos de las expresiones pomposas que usan los Padres para pintarnos la ternura y los arrebatos del amor maternal de María respecto á nosotros, siendo así que este amor procede de una fuente tan noble y tan augusta, es decir, del amor mismo de Jesucristo para con nosotros, y esto en el momento misterioso é inefable en que el Hombre-Dios agoniza y muere por nosotros. Jamas las tiernas palabras por las que Jesucristo, desde la cruz, nos dió por hijos á María y nos confió á Ella, se borraron de su alma; pero jamas se debilitó tampoco aquel sentimiento enérgico y profundo de amor maternal que la palabra omnipotente del Hombre-Dios imprimió en aquel momento en su corazon; y lo que San Juan dice de sí mismo, que desde aquel momento consagró á María, como á su Madre, todo cuanto poseia, puede entenderse con mucha más razon de María, que desde aquel momento nos admitió igualmente á participar, como hijos suyos, de todo cuanto Ella tiene de más precioso (2).

(1) Flagrabat beata Virgo charitate, ut cum prole pro humani generis salute vitam profunderet.

(2) Et ex illa hora accepit in sua. (*Joan.*, XIX, 27.)

CAPÍTULO XIII.

Cómo ejerció María en la tierra el ministerio de Madre respecto á la Iglesia, y cómo lo ejerce contínuamente en el cielo. Cómo le conviene el título de Madre de misericordia, y los sentimientos que experimenta cuando la invocamos bajo este título.

ACONTECE algunas veces entre los hombres que un hermano mayor encomienda al morir sus hermanos menores huérfanos á la viuda, su madre, y ésta á aquellos. Pues bien, si Jesucristo, nuestro Hermano mayor, que tanto nos ama (1), no hubiera hecho con sus tiernas palabras más que encomendarnos así á María, esta recomendacion, hecha por tal Hijo á tal Madre en unas circunstancias tales, hubiera sido sin duda más que suficiente para asegurarnos los cuidados y la ternura de María. Pero las palabras del Señor no fueron una recomendacion pasajera, sino la expresion de su última voluntad, su testamento, su mandamiento supremo. Ellas fueron un acto solemne, una donacion irrevocable, una disposicion de su providencia, un nuevo misterio de su amor, una última precaucion del Dios Salvador. Por esta causa fué por la que, como ya hemos dicho (cap. IV), Jesucristo llamó entónces á María *Mujer*, y no *Madre*, queriéndole manifestar que en

(1) Primogenitus in multis fratribus. (*Rom.*, VIII, 29.)